

La restauración del Museo Provincial de Cáceres

por **Carlos CALLEJO SERRANO**

C. de la R. Academia de la Historia
y antiguo Conservador del Museo



El día 11 de diciembre de 1976, se abrió al público de nuevo el Museo Arqueológico Provincial, totalmente restaurado y renovado. Tan importante efemérides merecía un amplio y detallado comentario por parte de nuestra revista, atenta siempre a cualquier suceso importante en el campo cultural. Proyectábamos insertar este comentario en nuestro número anterior. Dificultades de composición y el deseo de que la información tuviera la extensión que el tema merecía, han

retrasado hasta hoy esta obli- gada reseña que debíamos a nuestros lectores.

El proceso de la restauración del Museo ha sido lento, pero el resultado fue brillantísimo aunque, doloroso es confesarlo, no ha sido aún apreciado debidamente por el pueblo de Cáceres, seguramente por carencia de la necesaria información. A subsanar tal falta vienen las siguientes líneas, escritas por una persona que, más que cualquier otro cacereño actualmente viviente, conoció los problemas, las limitaciones y estrecheces del Museo de Cáceres,

por haber estado durante casi catorce años al frente del mismo en calidad de Conservador, bajo la dirección nominal del Conde de Canilleros. Muy rico en fondos y en objetos, este Centro tenía una instalación pobre y anticuada, y con las cortas consignaciones que recibía, no se pudo hacer otra cosa durante mucho tiempo que mantenerlo en decoroso aspecto ante el público. Con grandes dificultades se abrieron sin embargo en 1957, dos nuevas salas, dedicadas a Prehistoria y Numismática, únicas en que se pudieron aplicar en restringido modo, las normas modernas de la museística.

Dichas dos salas, junto con la "Cocina extremeña" que formaba un pequeño sector etnográfico acertadamente dispuesto por el antiguo director, don Miguel Ortí Belmonte, y el famoso aljibe árabe, eran las cuatro unidades del Museo más visitadas.

Durante la casi totalidad de mi gestión, no cesé de postular una reestructuración del Museo, que había de empezar por el edificio, palacio del siglo XV cuya última reforma databa del XVIII y que precisaba una verdadera reconstrucción por hallarse en ruina, declarada oficialmente por un arquitecto. Al constituirse el Patronato de la Ciudad Antigua, cuyo presidente era don Alvaro Cavestany y de Anduaga, y acceder a la alcaldía, don Alfonso Díaz de Bustamante, ambos con acendrada devoción al arte y con el necesario predicamento en las esferas oficiales, se encontraron los apoyos suficientes para

hallar eco en aquellas esferas, sobre todo al hallarse al frente de la Dirección General de Bellas Artes la recordada personalidad de don Florentino Pérez Embid.

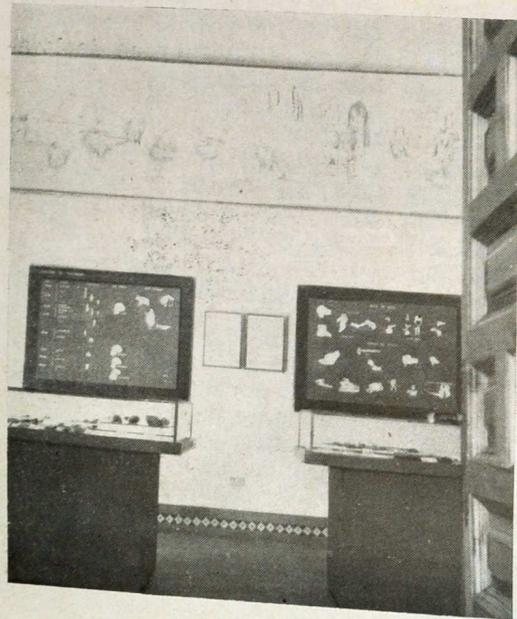
Pese a todo, no se acometió el trabajo hasta noviembre de 1971. Entre tanto, el Conde de Canilleros y el que suscribe estas líneas, cansados de gestionar sin fruto tan necesaria obra, habíamos dimitido de nuestros cargos, y el Museo se hallaba en expectación de las tantas veces prometida y nunca llegada reforma. Al empezar ésta, hubo que cerrar al público todas las salas con la única excepción del aljibe, cuyo acceso fue siempre practicable. Hubo que hacer enormes y costosas obras en el edificio de Las Veleas que era de propiedad particular y entonces fue adquirido por el Estado. Se substituyó totalmente el remate y la cubierta que se hallaban en deplorables condiciones, así como los techos y viguerías, las paredes y tabiques en ruinas; toda la carpintería de puertas y ventanas que estaba desvencijada, por cuya razón se había tenido que cerrar la Sala de Numismática en 1965, ya que no había posibilidad de reparar sus numerosos huecos y entraban por ellos las palomas y otras aves. Se realizó el solado total del edificio, que era de viejas baldosas en la planta y de pura tierra en el piso superior.

Se planeó una distribución racional de salas y se instalaron servicios modernos y funcionales. El local poseía extensos patios exteriores que había yo intentado vanamente convertir

en jardines; ahora este intento se ha logrado con singular acierto, instalando en ellos los verracos, columnas, lápidas y otros restos pétreos, convirtiendo pues lo que era enorme corralón, en un precioso jardín arqueológico. Hay que decir que intentándose ampliar este jardín a costa del llamado Callejón del Gallo, hubo que desistir de ello a causa de una tan per tinaz como insulsa campaña periodística, porque el mencionado callejón no tenía —ni actualmente tiene— otro papel que el de refugio de gamberros, de parejas o de individuos que lo utilizaban para teatro de sus expansiones fisiológicas de todas clases. Lo afirma quien ha sido durante casi tres lustros el único vecino de dicho callejón, al cual daban algunas ventanas

del edificio, que había que tener siempre cuidadosamente cerradas. Todavía hoy esta tortuosa callejuela sirve para que algunos de los elementos destructores que existen en cualquier población, pueda apedrear o echar basura al precioso jardín del Museo, a través de la reja que lo delimita y que habría que sustituir urgentemente por una tapia.

Los colosales lienzos de las fachadas oriental y meridional de la casa-fortaleza han sido limpiados de pegotes y añadidas, quedando en su desnuda belleza con el remate de pináculos a los que el pueblo dio en llamar Veletas y de ahí el nombre que ha recibido el palacio. Estos pináculos de gran efecto en dichas grandes fachadas, se extendieron a la princi-



Sala del Paleolítico
con los paneles que
reproducen las pinturas
de Maltravieso



La Sala Romana con la reproducción de la estatua del Genio andrógino que se conserva secularmente en Cáceres



Sala dedicada a cerámica en la sección de Artes Populares

Una de las Salas de
Etnografía extremeña



pal, mucho más reducida y en la que a mi juicio no hacen tan armónico papel.

Reformado, pues, totalmente el edificio, no se había hecho más que una parte del trabajo. Faltaba decorar las salas con arreglo a la plástica moderna, instalar un nutrido conjunto de vitrinas nuevas, la iluminación racional de éstas y de las salas, la colocación de los objetos y la rotulación explicativa de los mismos. Todo ha sido realizado, hay que proclamarlo, con el más lisonjero de los resultados, presidido por el más exigente orden científico y realizado con el más exquisito primor artístico. Pero además se han llenado los paramentos o las vitrinas de mapas y cuadros explicativos, bellas reproducciones y cartelas con la traducción de las lápidas epigráficas. En general no se ha descuidado detalle que contribuya a dar valor didáctico a la contemplación de las unidades arqueológicas y abundante provecho al acervo cultural de los visitantes, llegándose al extremo de presentar algunos obje-

tos especialmente valiosos a través de una potente lupa para comodidad visual del espectador.

Los fondos arqueológicos del Museo han revalorizado así su gran importancia, ocupando las salas de la planta baja, dedicadas sucesivamente a los períodos Paleolítico, Edad del Bronce, Protohistoria y épocas romana y visigoda. En la primera de ellas se exhiben unos paneles con reproducciones de los calcos hechos por el autor de estas líneas sobre las pinturas de la Cueva de Maltravieso; en la segunda las famosas Estelas grabadas, en la tercera entre otras cosas, el Tesoro de Serradilla. La Sala Romana, en fin, está presidida por una exacta reproducción de la célebre estatua del Genio de la Colonia Norba, conocida popularmente por **Ceres**, cuyo original se encuentra todavía en el llamado Foro de los Balbos junto a la Plaza Mayor. Se hace imprescindible —digámoslo en un inciso— el trastrueque del emplazamiento de ambas escultu-

ras, pues es la auténtica mármorea la que debe colocarse en el Museo para su debida protección. Las estancias del entresótano que conducen al aljibe albergan la valiosa y nutrida colección epigráfica que a lo largo de los años ha reunido nuestro Museo.

La planta superior se ha dedicado por entero a la Sección de Artes Populares de la región, y en ella se exhibe con la técnica brillante que reina en todo el establecimiento, la fabulosa colección etnográfica que éste ha



El actual Director del Museo de Cáceres, don José Luis Sánchez Abal

reunido, principalmente al ser adquirida por la Diputación Provincial, la gigantesca colección Pérez Enciso, reunida en muchos años de indagación y búsqueda por este infatigable costumbrista placentino. Esta sección etnográfica, que por cierto dispone de una magnifi-

ca guía, original de María Angeles González Mena, publicada recientemente con gran riqueza de medios por la Dirección General del Patrimonio Artístico (véase ALCANTARA, núm. 185), proporciona a nuestro Museo una categoría suprema entre todos los de España, La artesanía, la cerámica, la indumentaria tradicional y demás artes populares de Extremadura, han alcanzado aquí una definitiva etapa de custodia y protección, atesorando multitud de objetos que de otra manera hubieran ido a perderse o dispersarse por el mundo. Solamente habría en esta línea que lamentar que no se haya respetado la bella idea de la Cocina Extremeña que tenía el anterior Museo y que hubiera podido reconstruirse con renovación de trajes y maniqués.

La reinstalación del Museo duró bastante tiempo. Después de el que suscribe hubo formulado su dimisión ante la Dirección General de Bellas Artes en febrero de 1970, el Centro quedó al cuidado de don Pedro Rubio Merino, a la sazón archivero de la Diócesis. Al pasar definitivamente al Estado alcanzó el cargo de director por oposición don Miguel Beltrán Lloris, en cuyo tiempo se realizó la reconstrucción del edificio. Desde febrero de 1975, está al frente del Museo como director, don José Luis Sánchez Abal, a quien se debe el montaje definitivo del mismo, obra como hemos repetido, de insuperable acierto y que estuvo bajo la supervisión del Comisario Nacional de Museos, don Manuel Jorge Aragoneses. La parte arquitectónica

de la reforma se debe a don Manuel Valcárcel. En el montaje de las salas intervino la casa Macarrón de Madrid, conocida firma especializada en estos trabajos, colaborando también en la confección de vitrinas y accesorios, varias empresas cácerneas. El arreglo y ornato de los jardines, ha corrido a cargo del Ayuntamiento de Cáceres.

Aparte de todo lo dicho, nuestro Museo posee otras dependencias que jamás tuvo, con mobiliario moderno y funcional, tales como la biblioteca, y despacho, gabinete fotográfico, laboratorio y sala de restauraciones y hasta un salón de conferencias; todas las cuales hacen suspirar a quien hubo de trabajar muchos años en muy diferentes condiciones, con carencia de los más indispensables elementos. Y esta lamentación nostálgica la tendrían, si pudieran verlo, los hombres beneméritos que reunieron y atesoraron en tiempos pasados los fondos arqueológicos, parti-

cularmente don Miguel Ortí Belmonte, director durante tantos años, don Antonio Floriano y don Juan Sanguino Michel, primer director con sus colaboradores y amigos de la **Revista de Extremadura**, Vicente Paredes Guillén, García Plata de Osma, Llabrés, Roso de Luna y tantos otros, sin olvidar al Conde de Canilleros, que aún sin trabajar directamente en esta tarea, se desveló por protegerla y contribuyó a que fuese una realidad esta maravillosa atracción del viejo Cáceres. El Museo por sí solo, aunque no existiera el impar barrio antiguo, merecería una visita a Cáceres, ya que son muy pocos los de España, salvando los de cuatro o cinco capitales, que puedan ofrecer una exposición científica tan importante y tan extraordinariamente presentada. Es hora, creemos, de que el pueblo cácerño vuelva sus miradas a este establecimiento ejemplar que le honra ante cualquier viajero de dentro y de fuera de España.